

DOMINGO III DE ADVIENTO (B) (Domingo del Cordero de Dios)

TEOLOGIA DE LA LITURGIA LAS HORAS (1)

La Iglesia primitiva ha visto y experimentado a Jesús y a sus Apóstoles, y por eso también reza:

"Ya en los comienzos, los bautizados "eran constantes en escuchar las enseñanzas de los Apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones" (He 2,42). Por lo demás, la oración unánime de la comunidad cristiana es atestiguada muchas veces en los Hechos de los Apóstoles (He 1,14; 4,24; 12,5.12; Ef 5,19-21).

Testimonios de la primitiva Iglesia ponen de manifiesto que los fieles solían dedicarse a la oración a determinadas horas. En diversas regiones se estableció luego la costumbre de destinar algunos tiempos especiales a la oración común, como a última hora del día, cuando se hace de noche y se encienden las lámparas, o a la primera, cuando la noche se disipa con la luz del sol.

Andando el tiempo, se llegó a santificar con la oración común también las restantes horas, que los Padres veían claramente aludidas en los Hechos de los Apóstoles. Allí aparecen los discípulos congregados a media mañana (He 2,1-15). El Príncipe de los Apóstoles, "hacia el mediodía, subió a la azotea a orar"; "Pedro y Juan subían al templo, a la oración de media tarde"; "a eso de medianoche, Pablo y Silas oraban cantando himnos a Dios" (He 10,9; 3,1; 16,25)" (OGLH 1).

Vemos a Jesús y a la Iglesia primitiva que rezan, pero Jesús y los Apóstoles nos invitan a rezar, y nos dicen cómo tiene que ser nuestra oración.

"Lo que Jesús puso por obra nos lo mandó también hacer a nosotros. Muchas veces dijo: "Orad", "pedid" (Mt 5,44; 7,7; 26,41; Mc 13,33; 14,38; Lc 6,28; 10,2; 11,9; 22,40.46), "en mi nombre" (Jn 14,13s; 15,16; 16,23s. 26); incluso nos proporcionó una fórmula de plegaria en la llamada oración dominical (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4) y advirtió que la oración es necesaria y confiada en la bondad del Padre (Lc 11,5-13; 18,1-8; Jn 14,13; 16,23), pura de intención y concorde con lo que Dios es (Mt 6,5-8; 23,14; Lc 20,47; Jn 4,23).

Los Apóstoles, que, en sus cartas, frecuentemente nos aportan oraciones, sobre todo de alabanza y de acción de gracias, también insisten

en la oración asidua (Rom 12,12; 1Cor 7,5; Ef 6,18; Col 4,2; 1Ts 5,17; 1Tm 5,5; 1Pe 4,7) a Dios (Hb 13,15) por medio de Jesús (2Cor 1,20; Col 3,17), en el Espíritu Santo (Rom 8,15.26; 1Cor 12,3; Gal 4,6; Judas 20), en su eficacia para la santificación (1Tim 4,5; Santiago 5,15s; 1Jn 3,22; 5,14s), en la oración de alabanza (Ef 5,19s; Hb 13,15; Ap 19,5), de acción de gracias (Col 3,17; Filp 4,6; 1Ts 5,17; 1Tim 2,1), de petición (Rom 8,26; Filp 4,6), de intercesión por todos (Rom 15,30; 1Tim 2,1s; Ef 6,18; 1Ts 5,25; Santiago 5,14.16)" (OGLH 5).

Encontramos en Jesús y en la Iglesia primitiva el ejemplo y la vivencia de la plegaria en el Nuevo Testamento.

Mn. Gerardo Soler

Liturgia viva. Liturgia de las Horas, 14-12-14